

# **Sonia Franco**

## Los señores de la prensa

Una novela con dos protagonistas  
y una misma ambición: vencer y ser el líder  
de los medios en España



PRIMERA PARTE  
1975-1986

# 1

## 1975

—Ha muerto Franco.

El profesor de Literatura lo anunció sin ninguna emoción, y la clase lo acogió en silencio.

—Ha muerto Franco.

Esta vez comenzó a alzarse un murmullo. Emilio levantó la cabeza del *Lazarillo de Tormes* y miró a su alrededor.

—Profesor, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó López.

—Ésa es una buena pregunta, señores. ¿Qué creen ustedes que va a pasar ahora?

—Que habrá un rey.

—Sí. Y mi padre dice que también puede haber una guerra.

—Hombre, una guerra... El mío dice que habrá más libertad.

—Si yo tuviese que poner hoy el titular de un periódico, diría: «Dentro de un año, a España no hay quien la conozca» —dijo Emilio.

Todas las cabezas se volvieron hacia él.

—¿Por qué dice usted eso, Rodríguez? —preguntó el profesor.

—Porque todo va a cambiar de prisa, profesor. Va a haber un rey, sí, que no querrá que las cosas sigan como hasta ahora. Tendrá que pensar en Europa, ¿no? Y luego tendremos partidos políticos y elecciones. Dentro de un año no pensaremos en Franco.

—Rodríguez, ¿de dónde saca usted todo eso? —preguntó el profesor con la boca abierta.

—Mi madre tiene un quiosco. Leo los periódicos.

—Los periódicos que yo leo no dicen esas cosas.

—También pienso.

El colegio cerró a la hora de comer. Emilio comenzó a andar camino a casa. Era una mañana de otoño, de esas en las que el sol brilla en Madrid sin calentar. El trayecto era de cuarenta minutos, pero Emilio había calculado que, si en seis meses no cogía autobuses, podría comprarse un pantalón nuevo.

A tres manzanas de su casa, en la plaza Elíptica, se sentó en un banco y sacó la cajita donde guardaba las colillas. Todas las noches, su madre encendía un Bisonte después de rezarle a la virgen y lo dejaba por la mitad. Todas las mañanas, Emilio recogía la colilla del cenicero y se la fumaba después de clase.

«Algún día podré comprarme todo el tabaco que quiera. Hasta puros», pensaba.

Su madre atendía a una señora en el quiosco. Esperó a que acabase.

—Hola, hijo.

—Hola, madre.

—¡Felicidades! Vaya día para cumplir quince años... ¿te has enterado?

—Claro. —Emilio cogió un periódico y lo hojeó—. Madre, ¿te acuerdas de mi regalo?

—Claro, hijo. El sábado empiezas a trabajar en el quiosco.

—Yo solo.

—Tú solo.

—Y si suben las ventas, podré quedarme con el dinero de los beneficios.

—Sí, hijo. Pero ya sabes que eso no va a ser fácil. En este barrio la gente no compra muchos periódicos.

—Tú déjame a mí.

Emilio llevaba meses madurando un plan. Los fines de semana acompañaba a su madre al quiosco y se dedicaba a observar a los vecinos. Sabía que don Felipe compraba *El Alcázar* y, de paso, echaba un vistazo a las señoras de las portadas de las revistas femeninas. Había comprobado que, si a la hora que él llegaba, entre las 10 y las 10.30, colocaba una de esas revistas debajo del periódico, don Felipe se la llevaba. Doña Margarita, la de la carnicería, le compraba el periódico a su marido. Y luego se iba directa al puesto de chucherías a por barritas de regaliz negro. Emilio ya tenía planeado invertir en regaliz y lograr que la carnicera se lo llevase con el periódico.

—Madre, tienes que observar a la gente. Y ofrecerles más cosas de las que ellos creen que necesitan.

—Ya, hijo, lo que tú digas. Pero este quiosco no nos va a sacar de pobres.

—Tú déjame a mí, madre. Ya verás.

Caminaron en silencio hacia casa. Doña Manolita cojeaba ligeramente por el reuma y tenían que pararse cada pocos metros. Emilio puso la mesa mientras su madre calentaba los garbanzos. En la tele, se veía la capilla ardiente en el Palacio Real. Un desfile interminable de personalidades daba el pésame a la viuda de Franco.

—Qué pena, ¿verdad, hijo? —dijo doña Manolita señalando a Carmen Polo.

—¿Pena? No. En este país ahora va a haber oportunidades para nosotros.

—Hijo, la gente como nosotros no tiene oportunidades. Nace pobre y muere pobre.

Emilio cogió a su madre por los hombros.

—Escúchame, madre. Tú no vas a morir pobre. Yo voy a ser pe-

riodista. Todos los que van al quiosco van a querer leer lo que yo tenga que decir. Algún día estaré con todas esas personalidades emperifolladas que van hoy al Palacio Real. Y tú conmigo.

Doña Manolita suspiró.

—Eres igual que tu padre, hijo. Un soñador.

Matías Rebollo desayunaba tranquilamente en la cocina. Sonrió al oír los tacones de su madre por el pasillo.

—Buenos días, Matías.

—Buenos días, mamá —contestó, abrazándola, orgulloso de lo guapa y arreglada que estaba su madre desde primera hora de la mañana.

—Hoy no vas al colegio. Lo dice tu padre.

—¿Por qué?

—Por lo visto va a pasar algo muy importante y no quiere que salgamos de casa sin él. Pero vístete pronto, que quiere vernos en su despacho a los dos.

Matías cogió a su madre del brazo y le dedicó su sonrisa más zalamera.

—¿No te olvidas de algo, mami?

Irene Rebollo daba vueltas a su pulsera de pedida, como siempre que algo le inquietaba.

—¿De qué, hijo?

Matías la miró ofendido.

—Hoy cumplo quince años.

—Mi cielo, no creas que me he olvidado. Muchas felicidades. Más tarde te daremos tu regalo. Pero ahora date prisa. Tu padre nos espera.

Higinio Rebollo llevaba despierto y encerrado en su despacho desde las cinco de la mañana.

Matías oyó que su padre hablaba con alguien y no se atrevió a entrar. Decidió esperar a que la conversación terminase.

—... sí, estoy completamente seguro... Tienes que hablar con Torrente... Sí... Estoy de acuerdo. Hay que hacer las cosas rápido. Lo importante es ser los primeros... No, ahí no te metas... Dejamos pasar unos días y le llamamos... Tenemos que estar preparados. No te muevas de Madrid.

—¿Qué haces escuchando detrás de la puerta? —Matías pegó un salto al oír a su madre.

—Es que papá está hablando.

—Pues llamas y pasas. Tienes que perderle el miedo.

—No le tengo miedo.

—Bueno, bueno, no te enfades.

Higinio Rebollo les abrió la puerta. Llevaba un batín de seda que le hacía parecer aún más corpulento de lo habitual y fumaba un cigarrillo. Las cortinas estaban cerradas y el sonido de la radio se mezclaba con el ruido de los coches de la calle Velázquez.

—Pasad, de prisa, acaban de anunciarlo.

—¿El qué? —preguntó Matías.

—La muerte de Franco.

Arias Navarro leía el testamento del Generalísimo. «Quiero que prestéis al futuro Rey de España todo vuestro apoyo...»

Matías miró a su padre. Permanecía con la mirada en un punto fijo, sin apenas respirar. Irene seguía dándole vueltas a la pulsera mientras cambiaba el peso de un tacón a otro.

Cuando acabó el discurso, Higinio bajó el volumen. Y se volvió hacia Matías.

—Hijo, hoy empieza una nueva página de la historia de España.

—¿Por eso no he ido al colegio?

—Por eso, y porque estos días pueden ser peligrosos. Todos vamos a vigilarnos de cerca unos a otros.

—¿Todos? —preguntó Irene.

—Sí, todos. Los del régimen, los que no son del régimen, los borbónicos, los carlistas, los demócratas...

—Pero, a nosotros, ¿qué más nos da? —Matías no acababa de encontrarle sentido a todo aquello. Sólo sabía que él cumplía quince años y que el día no estaba saliendo como había planeado.

—Escúchame bien, hijo. —Higinio dedicó a su hijo una de esas miradas que Matías era incapaz de sostener—. Vienen tiempos revueltos, en los que habrá ganadores y perdedores. Y una cosa te voy a decir: nosotros vamos a estar entre los ganadores.

—Nosotros ya somos ganadores. Tenemos el periódico y la radio; tenemos dinero y muchas cosas. ¿Para qué queremos más?

—Siempre hay que querer más, Matías Rebollo. Si te conformas con lo que tienes, nunca llegarás a nada.

—Papá, yo sólo quiero ser escritor.

Higinio parecía hacerse más grande por momentos.

—Matías, no te equivoques. Yo voy a construir el imperio de prensa más grande que jamás haya visto este país, y tú eres mi heredero. Estudiarás Periodismo para aprender el oficio. Y Económicas, para que nadie pueda meterte nunca un gol con los números. Y harás honor al apellido Rebollo. Espero que me hayas entendido.

Matías no se atrevió a contestar. Tampoco hubiese podido, con el nudo que tenía en la garganta.

—Y ahora, preparaos. En media hora salimos los tres para el Palacio Real. Vamos a presentar nuestros respetos a la familia Franco.



## 2

### 1981

Emilio odiaba la Facultad de Periodismo. Sentía que se asfixiaba en aquellas clases, pequeñas y claustrofóbicas, con un montón de profesores hablando de temas que estaba seguro de que no iban a servirle ni para ser buen periodista ni para hacerse rico. Tampoco le interesaba el bar, siempre lleno de humo, ni los torneos de mus, tan populares entre sus compañeros. De lo único que tenía ganas era de acabar la carrera y empezar a ganar dinero.

Sólo contaba con un amigo, Paco Ortiz, que tenía buena letra y le pasaba los apuntes. A cambio, Emilio le proporcionaba revistas porno. Paco hablaba siempre de computadoras y teléfonos sin cables. Estaba convencido de que el mundo iba a cambiar en poco tiempo gracias a los avances tecnológicos. Se matriculó en Periodismo porque se le daban muy mal las matemáticas y no se sentía capacitado para estudiar una carrera técnica. A Emilio le parecía que estaba un poco tarado, pero le divertía. Y Paco escuchaba a Emilio con veneración: le admiraba por sus ideas sobre el periodismo y la pasión con que las defendía.

También había un profesor por el que Emilio sentía respeto: Juan Luis Martínez. Decía que había dos clases de periodismo, el bueno y el malo.

—Es como las mujeres —sentenciaba—. No siempre las buenas son las que nos gustan más.

A Emilio le daba igual que fuesen buenas o malas. Le gustaban las guapas. Pero no conseguía que ninguna le hiciese demasiado